

Grupo de alumnos que según los cánones pedagógicos es impropio por su número para cualquier enseñanza.

En cuanto al aprovechamiento, vemos que en las escuelas urbanas tomando la cifra de 100 escolares, durante el año lectivo, diez se dan de baja por diversos motivos, la asistencia media es de 80 alumnos y 15 son reprobados. En las escuelas rurales de 100 alumnos, 7

se dan de baja, la asistencia media es de 82 alumnos y 19 son reprobados. Las condiciones geográficas, alejamiento de las escuelas, nutrición, trabajo del menor, etc., producen manifestaciones en la escolaridad; apreciables cuando vemos que de 100 escolares que inician la educación primaria sólo la terminan 46 en el medio urbano y tan sólo 7 en el medio rural.

IV

ASPECTOS PSICOLÓGICOS¹

DRA. JULIA CISNERÓS-CANTO²

LO QUE hace del niño el ser maravilloso que es, es su modo de crecer en el mundo. Niño y mundo crecen al unísono, se imbrican dinámicamente y actúan, el uno sobre el otro, de manera incesante.

Si contemplamos al niño a lo largo de su devenir histórico veremos, que siempre está en tránsito, ascendiendo de un plano de madurez funcional a otro y en preparación para lograr los ajustes somáticos, mentales y socioculturales, que le permitirán su implantación firme en el mundo que le tocó vivir.

El ambiente, a su vez, actúa sobre la estructura infantil, conformándola, mediante sus agentes materiales, humanos y socioculturales, de modo continuo.

Así, el niño surge de su biológico y humano mundo interno, siempre atento al mundo circundante, mientras sufre la acción formativa, que sobre él ejercen las cosas, los hombres y las instituciones sociales y culturales.

El encuentro de estas dos potencias, ente biológico humano en devenir evolutivo y ambiente siempre activo e impactante, es el evento creador que dará origen a las funciones específicamente humanas, que se substancian en el concepto *psique*.

¹ Trabajo de sección presentado en la sesión ordinaria del 31 de julio de 1968.

² Instituto Mexicano del Seguro Social.

Consideraciones sobre algunas de las metas evolutivas de la conducta humana, que la observación del comportamiento infantil nos permite inferir.

Desde el momento de la fusión de los gametos materno y paterno, hasta el primer mes de la vida extrauterina, el bebé se equipa, primordialmente, para conservar viva la substancia animada que lo constituye.

A partir de los últimos meses de la vida fetal y hasta los 3 años de vida, ya actuando dentro del mundo circundante, el cuerpo y la mente del niño se organizan para conocer el mundo natural que lo contiene y al ambiente humano que lo sustenta y lo conduce.

De la indemnidad de su sistema nervioso central y de sus emisarios a la periferia, los órganos de los sentidos, así como de su calidad intelectual heredada, dependerá la amplitud y profundidad del conocer y de este, a su vez, la concordancia y finura con que el estímulo y la respuesta a él se eslabonen. La conducta del niño es, en estas circunstancias, cada vez más adecuada y mejor dirigida.

Entre los 3 y los 5 años de edad, una vez establecido un buen contacto con el mundo natural y humano, especialmente el familiar, el niño inicia en forma activa y personal, el largo y penoso proceso de socialización y del cultivo de los más altos valores espirituales y culturales.

Modo de conocer del niño.

Aunque parezca ingenuo, hay que

decirlo, el niño, aún después de haber iniciado el aprendizaje escolar, entra en conocimiento de las cosas a través del contacto directo con ellas. Esto explica por qué se requiere de la integridad somático-funcional de los órganos de los sentidos. Si uno de ellos falla, la información que recibirá el niño será incompleta y el conocimiento imperfecto, la conducta, en consecuencia, desajustada. En estas condiciones, las inferencias que se hagan, sobre la inteligencia del niño en cuestión, pueden ser y con frecuencia lo son, injustas.

La sensación de lo novedoso; estado de ánimo que matiza todo el conocer del niño.

Poco pensamos en ello, pero el punto de vista del niño, lo que se vivencia con más frecuencia en la infancia es un estado cognocitivo-emocional de sorpresa, un maravillarse de, frente a todo aquello que confronta por primera vez.

Cosas novedosas, gentes desconocidas, experiencias inusitadas, lugares nunca antes vistos, sabores jamás gustados, son fenómenos significativos e importantes para el niño. La tarea mental que se requiere, como paso previo, a todo real conocimiento, exige al niño gran intensidad atenta, canalización adecuada del caudal emocional, aplicación fina de las capacidades de juicio y raciocinio. Del trabajo mental atento y finamente engranado resulta la claridad conceptual de lo que se está conociendo; del estado emocional,

que todo estímulo suscita en el psiquismo humano, depende el mensaje que del objeto emane y de ambos, concepto y emoción, la actitud que el niño adopta: de espera, cautela, fascinación, rechazo o huida.

La escuela es la primera institución socio-cultural, no natural, que le toca al niño conocer.

Para el niño ingresar a la escuela significa enfrentarse a la situación más novedosa y compleja, que le haya sido dado conocer desde el día de su nacimiento: casa que no es un hogar, gentes nuevas, niños en enorme cantidad, modos nuevos de relación humana y —lo más pesado para él— la caída vertical en el anonimato y la despersonalización.

La respuesta del niño a situación tan desafiante va a depender, naturalmente, de la actitud de su familia frente a la escuela y el estudio, del entrenamiento que se le haya dado al niño para que lo "novedoso" no le induzca una reacción de pánico y huida, de las experiencias previas que el niño haya tenido con extraños, adultos y niños y de la fortaleza o debilidad de sus mecanismos de ajuste y de defensa.

La iniciación de la vida escolar es una situación difícil para todos los niños, lo exterioricen o no, por las siguientes razones:

1. Pérdida del ambiente familiar durante varias horas;

2. Ausencia de la persona clave para la seguridad física y emocional del niño, en un momento de difícil ajuste;

3. Limitación de su libertad para actuar y expresarse;

4. Delegación del derecho de autoridad, hasta entonces conferido solamente a los padres, en un adulto extraño, sea antagónico o congénico;

5. Necesidad de revisión y reestructuración de las pautas de convivencia humana, que normaban hasta ahí su conducta social;

6. Obediencia a rutinas escolares que con frecuencia interfieren con el ritmo psíquico y las apetencias instintivas y emocionales del niño (debe estar quieto, cuando necesita moverse; debe callar, cuando todo lo incita a inquirir; debe hacer pipí solamente durante el recreo y debe renunciar a ser amado por sus maestros);

7. Es inducido a creer, con pesantez en el corazón, que el aprendizaje es "cosa seria" y ordenada cuando ha estado aprendiendo, tres, cuatro o cinco años de su vida, al azar y en forma "divertida";

8. La incorporación del material de mantenimiento cambia su modalidad, de ser un proceso natural y en el que el niño tiene una participación esencialmente activa (el seleccionaba el tema y definía cómo había de ser tratado, en función de sus intereses y su mentalidad) pasa a ser, una técnica diseñada por el adulto para transmitir al educando, lo que a criterio del maestro debe interesar al niño.

Aún podrían señalarse más motivos de conflicto para el niño en su paso del hogar a la escuela pero sería cargarle la mano a los tonos que van del gris al negro.

¿Cómo se ajusta el niño a esta situación desafiante?

a) Puede presentar una reacción emocional de choque: se enquistas y margina al mundo escolar (a veces hasta al familiar) tolera pasivo toda acción que sobre él se ejerza pero no se entrega.

b) Puede ser presa de una reacción emocional de agresividad y al no poder destruir materialmente la causa de su malestar, la aleja de su presencia negándose a ir a la escuela o enfermando psicóticamente (vómitos, diarreas, dolores diversos) o emocionalmente (depresión, irritabilidad, destructividad).

c) Si el niño ha sido templado a no reaccionar con miedo o agresividad al confrontar situaciones frustrantes. Si ha sido cultivado amorosamente y conoce la eficacia del enamoramiento, lo que intentará primero es, convencer a su madre de que no puede vivir alejado de ella; si ella logra resistir el hechizo el siguiente paso será, la seducción de la maestra, con todas las artes de encantamiento y cortesía a su alcance. Si tiene éxito los compañeros lo tildarán de "lambiscón" pero eso, a él puede tenerlo sin cuidado, su ajuste escolar queda garantizado por ese año.

Estos son los eternos recursos del hombre: la huida, la agresión y la conquista amorosa.

Pasado el primer encontronazo con la institución "monstruo" el miedoso, el agresivo y el cariñoso irán a la escuela, de grado o por fuerza, según los argumentos esgrimidos por los padres: dialécticos o contundentes. Al correr del

tiempo algunos llegarán a amar a su escuela y todo cuanto ella les hubiera dado, otros transitarán por ella siempre ambivalentes, o tibios y otros más odiarán todo lo que esta institución representa, negándose a sí mismos los beneficios de una escolaridad prolongada y suficiente. Que cualquiera de estas cosas suceda va a depender, hasta cierto grado, de la inteligencia y las inclinaciones del educando pero en mayor grado aún, de la capacidad técnica y emocional del maestro.

¿Es posible evitarle al niño el sufrimiento, que muchas de las situaciones nuevas en general y los primeros días escolares, en particular, traen consigo?

Ni es posible, ni es deseable pero es imprescindible, mantener bajo el umbral de angustia y perplejidad.

Para liquidar el sufrimiento y salir de la perplejidad, la mente humana, es capaz de usar sus más contundentes o sus más sutiles recursos. Por esta razón, por que sufrimiento y perplejidad son móviles, que hacen entrar en acción recursos mentales, que de otra manera, probablemente, permanecerían latentes, o, se manifestarían torpes y lentos, no resulta deseable abolirlos. Pero por otro lado, lo deseable no es desencadenar una conducta contundente en el niño, si no orillarlos al análisis sereno de los hechos o situaciones y a la programación razonada de una forma de ajuste al estímulo; por esto, hay que mantener el umbral de sufrimiento a niveles útiles.

Sabido es, que cuando se aplica al ni-

ño un estímulo muy impactante, o, en extremo doloroso, o, cuando la situación perplejizante no permite al niño vislumbrar vías de solución del problema que se le plantea, es fácil que recurra a la huida o a formas de conducta hetero o autoagresivas, formas negativas de ajuste al mundo circundante. Hace su aparición, en el seno familiar o/y en el ambiente escolar, el famoso "niño problema" que más valdría diagnosticar como "niño con problema".

¿Cómo mantener bajo, el umbral de sufrimiento, en el niño?

La psicología, especialmente la psicología que se ha desprendido del estudio de los niños, es una ciencia inexacta. Vale decir, no se pueden derivar de ella leyes válidas para el enjuiciamiento de todos los humanos, ni siquiera para un amplio grupo de ellos, ya que el énfasis, en esta rama de la ciencia médica, se coloca en la unicidad del hombre particular. No es difícil comprender y aceptar esta postura si se recuerda que, aunque bien es cierto que la mente funciona utilizando mecanismos comunes a todo ser humano, con diferencias en cuanto a caudal y calidad intelectual y emocional, la vida de nadie es idéntica a la de su semejante, ni en el caso de gemelos homocigóticos. Por definición, la psique humana se plasma, sobre el terreno de la estructura llamada mente, al incidir sobre ésta la acción acuñante de los eventos y las circunstancias del cotidiano vivir de cada individuo.

Aceptar, que la nuestra no es una

ciencia exacta, contra lo que pueda parecer, no es un planteamiento paralizante para los que nos dedicamos a esta rama científica, si no un desafío. Al admitir, que no podemos enunciar nada que sea generalmente válido y aplicable, no estamos implicando que no podamos enfrentarnos al problema y encontrar modos de solución, útiles a cada caso particular, o, para cada constelación situacional. Las constelaciones situacionales pueden ser comunes a grupos humanos más o menos amplios y aunque no percibidas idénticamente por cada miembro del grupo, son de tal naturaleza, que la solución encontrada, dirigida a eliminar un obstáculo dentro del mundo que circunda al hombre, puede ser adecuada para todos, aunque no en el mismo grado.

Sin embargo, por lo general, no nos podemos entregar a la cómoda rutina de generalizar; tenemos que esforzarnos, en cada caso, por encontrar el, o, los mecanismos actuantes en la eclosión del conflicto.

Así pues, lo que aquí se diga, como hipótesis de trabajo, tendiente a plantear formas de actuación del adulto, para mantener bajo el umbral de sufrimiento del niño que inicia la vida escolar, debe ser tomado por lo que es, una guía de trabajo y debe ser aplicado con discernimiento y sano juicio, en cada caso.

Al iniciarse el presente trabajo se enumeraron algunos de los factores que dificultan al niño un inmediato ajuste a la escuela. A continuación trataré de plantear algunas de las soluciones que me parecen posibles:

1. Dada la fisiológica inmadurez de esta etapa de la vida, no es evitable que el niño viva hondamente la lejanía de su familia y en especial de su madre, en este momento de transición. Necesitaría el apoyo emocional y la sonrisa aprobatoria de los suyos pero aquí, por primera vez, tiene que enfrentarse al mundo de los extraños con sus propios recursos. Si en el hogar ha sido manejado siempre como un inválido social, incapaz de crear soluciones propias frente a problemas del cotidiano vivir, si el criterio de padres y familiares es que el niño "por chiquito" no tiene derecho a autodeterminación y autoconducción, la escuela le parecerá desconcertante y caótica, no sabrá que se espera de él, ni como ajustarse a lo novedoso en ella. Si el niño fuera gobernado en su núcleo familiar de manera que pudiera enfrentarse a todas las cosas y situaciones nuevas con interés cauteloso pero sin miedo ni prejuicio (que según mi personal experiencia, es la actitud natural del bebé y que por ende debe ser congénita) la curiosidad ingenua, que es su talante básico, le permitiría enfrentarse a lo caótico y perplejante, del primer día de clases, sin miedo, tratando de ordenar y organizar, mentalmente, cuanto acontece. Si, además, el ambiente escolar lo ayuda un poco no elevando, inicialmente, grandes exigencias en los renglones disciplina y aplicación, la ansiedad del niño se atenuará permitiendo la preeminencia a formas positivas de ajuste a la escuela.

2. La ausencia de la persona más significativa para el niño, su educadora

de siempre, la madre, engendra inseguridad y con frecuencia cierto grado de depresión en él. No obstante, si la maestra, en edad de ser la madre o la abuela del menor, ostenta una actitud aceptante y respetuosa frente a su educando, o, siendo ella misma casi una niña y pudiendo funcionar como una hermana mayor para el niño, se manifiesta alegre, aceptante y versada en el recurso mágico del juego, el niño aceptará, sin gran dificultad, la sustitución materna, por algunas horas. Si la madre, a su vez, es emocionalmente estable y el temor de perder el amor incondicional de su hijo no la hace interferir con el proceso de vinculación amorosa entre el niño y su maestra, la situación estará definitivamente salvada.

3. Aún dentro de la rutina escolar tradicional y sin menoscabo de la autoridad de la maestra, debería ser posible, especialmente durante los primeros días de su contacto con la escuela, permitir al niño, libertad de acción y expresión. Es más, yo diría, que a la maestra le resultaría útil y estimulante, conocer a sus educandos tal y como son, antes de iniciar la difícil y muy ingrata tarea, de meterlos en esa cama de Proculo, que las generaciones de educadores, muy anteriores a ella, le han preparado para los niños de esta era de átomos escindidos y naves espaciales, que a ella le toca educar ahora. Educar quiere decir guiar, conducir. Conducir con gran esmero y amplios conocimientos técnicos, así como con gran sensibilidad humana, a lo largo del ancho camino de las ciencias y la cultura, a aquellos que se han confiado a nues-

tro cuidado. Algunos argumentarán que se corre riesgo de que se relaje la disciplina escolar. Yo pregunto ¿Para qué se necesita de la disciplina si, por lo que se refiere al niño, existe un arma mucho más poderosa, el nexo afectivo? Además, si el niño ha tenido en su hogar a una madre pensante, amorosa pero al mismo tiempo atenta a educarlo, está ya habituado a pasar del juego y la libertad, a la colaboración y la obediencia, sin que esto implique hacerse violencia.

4. Si en su hogar al niño se le ha dado apoyo emocional, si se han respetado sus necesidades de autoafirmación y autoconducción, si se le ha educado apelando a su capacidad de raciocinio y no al miedo irracional, respetará la autoridad que sus padres ejemplifican y no entrará en conflicto con las otras personas que representen autoridad, a menos que estas prueben ser irracionalmente autoritarias. Disciplinarse en la escuela y obedecer a la maestra no será problema si se obedece y respeta a la madre, al mismo tiempo que se le ama y se cree en ella.

5. Es posible que nadie esté de acuerdo, con lo que a continuación se dirá pero, en mi opinión, los humanos aprenderíamos con más facilidad y feli-

cidad, si el cultivo de las diversas ramas de la ciencia dejara de ser una ocupación tan "seria". Ya vimos que nada se sale ganando con sembrar el miedo y la incertidumbre en la mente del hombre. No veo porqué la mente humana, así sea la de un niño inmaduro o un primitivo, ambos ineficaces social y culturalmente, por inexpertos y no por infradotados, deba ponerse de hitos frente a lo que otra mente humana ha discernido o inventado, a menos que ellos así hayan aprendido a entender el respeto y la admiración. Me parece sin embargo que más bien nos hace regocijarnos y enorgullecernos porque otra mente humana, semejante a la nuestra, haya tenido la sagacidad suficiente para contestar muchas de nuestras interrogantes y arreglar muchos de los problemas de nuestro mundo circundante, mejorando y elevando nuestro cotidiano vivir.

6. Si el niño le perdiera el miedo a los números y el estudiante de medicina se lo perdiera a la anatomía; sería solamente cosa de ponerse de acuerdo sobre para qué van a servir los conocimientos y cómo debe enseñarse la ciencia, para mejor servir, al hombre de aquí y de ahora; estudiar sería lo que en verdad debería ser: *un privilegio y un motivo de profunda alegría.*